

Opinión

# Todo es traducir

La traductora, periodista y viuda del premio nobel de literatura José Saramago nos entrega en este bello texto una reflexión sobre nuestra noble profesión. «Traducir es un acto de amor», define. Y dice, con poesía, que el traductor «es simplemente quien admira y pretende poner en otro idioma el color y la frescura que ha podido apreciar en el libro que tiene entre las manos y que espera de su sensibilidad para poder nacer de nuevo».

| Por **Pilar del Río** |

**D**icen que los médicos no quieren tratar las enfermedades de sus muy allegados, y hubo un tiempo en que los profesores no daban clase en las aulas donde aprendían los hijos. Sin embargo, los pintores se atreven con los desnudos de sus amantes —no sé si también con los de las esposas—, y los poetas cantan los gozos y las desesperaciones del amor propio y del ajeno aunque cercano. Nadie, sin embargo, ha descrito si el acto de traducir un texto que se ama o a un autor que se respeta hasta el límite de lo racional entra en el catálogo de lo deseable o de lo insano, y eso es algo que me inquieta. No quiero ni pensar que la ausencia de reflexión se deba a que traducir se considere una tarea poco relevante o, peor aún, que al ser cosa, tantas veces, de mujeres, ni merece la pena detenerse a sentar doctrina. Ambas consideraciones denotarían que la estulticia suprema se ha adueñado del paisaje y del paisanaje.

Traducir es trabajo principal, una de las realizaciones culturales más hermosas de todos los tiempos. Gracias a las traducciones, los que afirman que tienen fe pueden conocer al Dios de la Biblia o de otros libros; sabemos qué pensamientos hicieron casa en Grecia; por qué odiaba Cicerón a Cartago y qué sentía Petrarca por una muchacha llamada Laura, de la que, por cierto, todo lo demás en su vida, salvo que era musa del poeta, es misterio. Dan ganas de decir que ha pasado a la historia como si fuera traductora, puesto que sirvió para hacer llegar el yo íntimo del poeta a sus lectores. Decía José Saramago que toda escritura es traducción, ya sea de pensamientos, sensaciones u observaciones: todo tiene que ser traducido a palabras para llegar al otro o para que permanezca en uno mismo. Más tarde, el texto que el autor ha traducido a palabras desde su sensibilidad pasará a un traductor, que volverá a traducir lo que el autor tradujo de sí mismo y tendrá que estar en alerta



para transmitir, sin que se pierda emoción, de qué rincón del mapa personal del escritor llega esta pulsación, el fulgor que eleva el texto a un lugar inaccesible que, sin embargo, el lector deberá alcanzar. Alcanzarlo será su triunfo y el del traductor. La obra por fin acabada.

Traducir es un oficio, una profesión, un acto de amor. Detrás de cada libro escrito en una lengua que no conocemos, hay alguien que lo leyó primero y quiere contarlo. Puede que haya una persona estremecida, emocionada, ansiosa por transmitir lo que ella sabe y otros necesitan. Y que se reconoce pequeña ante el texto grandioso que tiene entre las manos. No invisible, no desechable, simplemente consciente de su responsabilidad. Porque el autor que ama escribió siguiendo un camino personal y único, y quien traduce tiene que respetar esos pasos mientras da los suyos propios en el idioma en el que habita. Difícil tarea, sí,

>> Todo es traducir

pero no imposible, como verán si tienen la amabilidad de pasar por una biblioteca y mirar los volúmenes que contiene, las palabras que guardan y lo que por ellas fuimos conociendo para encontrarnos unos y otros sin posibilidad de pérdida.

Traducir libros que se ven nacer es un gozo doloroso. Me explico: quien traduce conoce el idioma en que lee y conoce el propio, pero no es el dueño de la magia ni de la inteligencia creadora; el traductor es simplemente quien admira y pretende poner en otro idioma el color y la frescura que ha podido apreciar en el libro que tiene entre las manos y que espera de su sensibilidad para poder nacer de nuevo. No es fácil este momento, la ansiedad que corre y que puede paralizar, porque decir de otra manera lo que se oye y se lee tan bien organizado, el original claro y rotundo, es una especie de violencia que el traductor vive en silencio porque no puede permitirse que se noten su perplejidad, su duda y la indecisión que forma parte de su piel. A veces, surge la tentación de forzar el idioma propio para que el texto traducido suene como el original, pero enseguida descubre que no es cuestión gramatical o de diccionario, sino del ritmo interior que sostiene el edificio y mantiene la armonía. Y quizá por saber que es tan grande su responsabilidad vacilar se convierte en un modo de vida, traducir no es un trabajo, es, ya lo he dicho, un acto de amor continuado, que benditamente ata al traductor un día y otro a páginas que crecen en capítulos y que van adquiriendo un peso que a veces parece insostenible porque la fidelidad al texto y al propio idioma es densa; si se pone en una balanza, pesa más que el hierro. Como el resto de las lealtades de la vida, la fidelidad al texto y al propio idioma se agarra a quien así milita y salva o destroza. La fidelidad puede ser un paraíso o una fuente de quebrantos. También en la traducción.

En fin, casi nunca se habla de los traductores y sus agonías. Los escritores escriben y las editoriales encargan traducciones: eso parece aclararlo todo y, sin embargo, solo es la superficie. Si quieren saber más acerca del hecho aparentemente banal que es traducir, traten de ponerse en la piel enamorada de quien considera tanto al lector que, por respeto, se emplea en acercarlo, y lo más íntimamente posible, al autor y su obra, esa que necesita de mediación para llegar tal como fue concebida en otro idioma, notas y pausas, palabras y pausas, ideas y pausas, un pentagrama que espera ser interpretado con el instrumento adecuado, con los silencios y las matizaciones que describe la música que el autor compuso, o escribió, para que suene en todos los oídos de todos los idiomas.

He tenido la suerte de traducir textos mientras se iban escribiendo, como si el trabajo del autor pudiera ser



simultáneo al de la traducción. Fue una experiencia rica y gratificante, no exenta de los escalofríos y las dudas antes citados y alguno más que la prudencia pide que se reserve. Sin pretender teorizar sobre modos y formas, quisiera, sí, transmitir la emoción real y honda de trabajar en un texto que va naciendo, que impresiona, escrito por una persona con la que están abiertos todos los canales de comunicación y por los que circulan todas las complicidades y el respeto. No sé si el resultado será el mejor para traducir la inquietud o la resolución, la duda o la desesperanza del autor, no lo sé, tal vez estas líneas sirvan para plantear si la demasiada cercanía es buena a la hora de traducir o si hay que hacer como el médico que no trata al pariente enfermo para que la emoción no nuble el discernimiento. O por el contrario, igual que el pintor de retratos, el traductor debe acercarse al desnudo más íntimo para desde ahí realizar la propia composición. Quién sabe. Quizá esas traducciones, a menudo no perfectas, tengan un destello que el lector podrá encontrar para completar el círculo feliz que componen autor y lector, y en medio del cual, aleteando para que todo fluya, está el trabajo del traductor, espíritu santo de la laicidad, hombres y mujeres a quienes les debemos la comprensión de todos los mundos que no eran nuestros hasta que ellos llegaron.

Traducir es amar. Leemos a todos los autores porque hubo antes quien mediara en esta ceremonia, ofreciendo algo más que su trabajo, o traducimos porque sabemos que somos esperados aunque de nosotros no se conozca ni siquiera el nombre, menos aún la vida. Tenemos, unos y otros, la certeza de que el encuentro se producirá cada vez que recorramos el hermoso ciclo de entendernos, aunque cada uno tenga su propio idioma. ■